

DEL SEÑOR

D. ANTONIO ARNAO.

VISION.—LOTARIO.

CANTO DE LOS ZAGALES.—EL REGALO EN SUS DIAS.—LA MUERTE DEL PAJARILLO.
AL CAER LA TARDE.—MELODÍAS.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
71 B. N. 11

VISION.

Mis párpados dolientes se cerraron
El hálito al sentir del blando sueño:
Las horas de la noche al fin tocaron
Mi sien con su beleño.

Vago reposo de sin par dulzura
Bienhechor mis sentidos dejó en calma:
Sólo en el seno de la niebla oscura
Velaba triste el alma.

Y oyó una voz, cual vaga melodía,
Dulcísima, pausada, lastimera,
Que por los mudos aires descendía
De la azulada esfera.

Leve rumor, compas imperceptible,
Luégo á su lado resonó un momento,
Como de un ala grácil, invisible,
Que latir hace al viento.

Y entre una luz que al iris semejaba
Vió un ángel bello de argentada veste,

Que en silencio de amor la contemplaba
Con expresion celeste.

Lo que el alma feliz sintió primero
No lo puede narrar humana boca,
Mas á la ley cedió del puro acero
Cuando el iman le toca.

Y al ver que el ángel desplegaba ante ella
Con majestad el vuelo sosegado,
Lanzóse en pos de su esplendente huella
Con afan no pensado.

Y salvaron la mar, y enhiestos montes
Que alzaban rudos la atrevida cumbre,
Hasta que al fin llegaron á horizontes
Tintos en roja lumbre.

Melancólica, estéril y callada,
Debajo de aquel cielo se veía
Vasta extension, llanura calcinada,
Donde vida no habia.

Herida estaba por el rayo ardiente,
Sin árboles, ni brisas deleitosas;
Sólo yacian junto á seca fuente
Ruinas pavorosas.

«Dime (el alma exclamó con honda pena,
Mirando el llanto aquel, árido y muerto),
¿Qué mar es ese de abrasada arena?»
Y él replicó: «¡ El desierto!

» Esos restos que ve tu horror profundo,
Sobre los que no llora el caminante,
Son los de una ciudad, reina del mundo,
Ciudad sin semejante.

» Vió su poder en el cenit glorioso
Y la envolvió la muerte en sombra densa:
¿Sabes quién fué ese pueblo portentoso?
¡ Babilonia la inmensa!

» Su soberbia la hundió. Proterva y loca
Mofarse quiso de la ley divina;
Y al murmurar sacrílega su boca
Tornóse en vil ruina.

» ¿ En dónde está la prístina grandeza
De la que en Asia fué gentil señora,
De la que alzaba el hierro y la cabeza
Potente y triunfadora?

» Rotas columnas en la tierra hundidas
Quedan de aquellos nítidos palacios
Que en un tiempo pudieron atrevidas
Alzar á los espacios.

» Y polvo inerte, cuya vista aterra,
Sus sabios son, sus reyes y guerreros;
Todos cuantos ayer sobre la tierra
Se erguian altaneros.

» No más á darle su esplendor augusto

Sobre ella tornará la vida grata,
Pues cuando Dios fulmina rayo justo
Eternamente mata.

» Vengan los pueblos, do impiedades brotan,
Que sólo del deleite ávidos cuidan;
Los que niegan á Dios, los que le azotan,
Los que necios le olvidan;

» Vengan los reyes cuyo torpe labio
Vela hipócrita infames ambiciones,
Y haciendo á la justicia eterno agravio
Desgarran las naciones;

» Vengan los sabios cuya ciencia artera
Quiere arrancar el mundo de su centro;
Sepulcros blanqueados por defuera,
Podredumbre por dentro;

» Y aprendan todos en la vil escoria
Que resta de ese pueblo, ayer tan fuerte,
Que está la muerte tras su infanda gloria,
Y el juicio tras la muerte.»

Dijo así el ángel, y en su fácil vuelo
Despareció con giro vaporoso,
Y empezó á reflejar el alto cielo,
Volcan esplendoroso.

Y vió el alma en el colmo de su espanto
La tierra en vasta hoguera convertida,

Y á los pueblos vertiendo sangre y llanto
En lucha fratricida.

Y entre el humo de tronos y de altares
Su faz los astros con horror velaban,
Y un trono y un altar, entre millares,
Solos en pié quedaban.

Y vió también surgir de los escombros
De aquel horror inmenso, nunca visto,
La Fe que alzaba en sus robustos hombros
La intacta cruz de Cristo.

Torné á la vida al fragoroso estruendo;
Y al cielo alzando los nublados ojos,
La realidad de mi vision temiendo,
«¡ Perdon! » clamé de hinojos.

LOTARIO.

ELEGÍA.

Triste Lotario, que en amores arde,
Canta así con mortal melancolía
Cuando en sombras de horror muere la tarde:

«¡ Todo pasó! Tras de la estrella mia,
Que por mi mal desapareció del cielo,
Rápida huyó cual humo mi alegría.

» Perdí la luz que consoló mi duelo,
Y desde entónces en mi torno crece
Noche fatal de luto y desconsuelo.

» Doliente gime el alma que fallece,
Mas no halla un eco que su voz repita,
Pues el eco tambien mudo parece.

» ¿ Quién á la queja de mi amarga cuita
Responderá con voz consoladora?

¿ Quién calmará la angustia que me agita?

» ¡ Tierra de transicion! ¡ Oh engañadora
Tierra, que ofreces á los verdes años
Felicidad lejana y seductora!

» Tú que brindas falaz goces extraños
Que tan sólo prometen alegría
Para trocarse en negros desengaños;

» ¿ Qué hiciste, di, de la esperanza mia?
¿ Qué de mi corazon? ¿ Adónde huyeron
Las dichas que tu halago me fingia?

» Bien de valle de lágrimas te dieron
El nombre de dolor los que, avisados,
En tí mansion de pena ver supieron.

» En mis sueños felices y dorados
No creí la verdad de tal sentencia,
Que estaban mis sentidos fascinados.

» Abrióse dulce á plácida creencia
Mi pecho incauto, mas dejóle herido
Con golpe aterrador cruda experiencia.

» Y miéntras, viendo mi vigor perdido,
Doblaba al peso del dolor la frente,
De todo encanto me privó el olvido.

» Y aquellos sueños de la edad riente
Volaron, y hoy en mí tan sólo existe
Mudo vacío, soledad creciente.»

Calla Lotario, y tras de pausa triste
Prosigue así con habla lastimera,
Pues á la infiel en recordar persiste:

« Ledia hermosa, te ví (¡ nunca te viera
Y no así me matara ese tormento!),
Te oí (¡ jamás para mi bien te oyera!).

» Sentí la voz y el perfumado aliento
De los primeros, cándidos amores,
Y tu esclavo quedó mi pensamiento.

» Reflejo de celestes resplandores,
Brilló en ardor sublime tu mirada

Cuando decirte pude mis dolores.

» Y acogiste mi súplica, y colmada
Ví en tu ternura la esperanza mía,
Ví mi pena á su término llegada.

» ¡ Cuánto fué pura y casta la alegría
Que aquella union de espíritus amantes
En mi pecho feliz brotar hacia!

» ¡ Y cuántas, cuántas que me fueron ántes
Memorias de placer, contemplo ahora
Como recuerdos de dolor punzantes!

» Quiero en el hondo afán que me devora
Repasar una página, al acaso,
De aquella vida que acabó en mal hora.

» ¡ Bien la recuerdo, Ledia! Paso á paso
Tras el rojo crepúsculo bajaba
La estrella vespertina al triste ocaso.

» Ante el vivo esplendor que derramaba
Como fanal sobre remota cumbre,
Mi mente por doquier fantaseaba.

» Presa de indefinible dulcedumbre,
Viendo el bello espectáculo del cielo
Que un mar bañaba de purpúrea lumbre,

» Sintió el pecho crecer su ardiente anhelo,
Y abrasado en el brillo de tus ojos
Te demandé la vida y el consuelo.

» Tú, del pudor con los matices rojos,
Y en lánguido mirar, así elocuente
Me hablaste sin desden y sin enojos:

» *Por tí mi corazón arcana siente
La pura llama del amor primero:
Tuyo será mientras latiendo aliente.*

» ¿ Y esto dijiste tú? Pues qué, ¿ severo
No ha matado tan plácida memoria
Con negro olvido desengaño fiero?

» ¿ Qué fué de tu promesa y de mi gloria?
¿ Por qué mi corazón despedazaste
Poniendo fin á mi amorosa historia?

» ¿ Por qué en la soledad me abandonaste?
Gózate, infiel, en mi mortal tristeza;
Gózate en la amargura que causaste;

» Pues tú no comprendiste la pureza
Del culto aquel, de aquellas ilusiones
Que me inspiró tu angélica belleza.»

¡ Oh Lotario infeliz! Sus aficciones
Arráncanle una lágrima que brilla
Cual chispa del volcán de sus pasiones;
Pero al sentir que escalda su mejilla
Comprende que á su pecho generoso
Deshonra el llanto y la flaqueza humilla.

« ¿ Y así me quejo? exclama. Valeroso
Morir sabrá mi corazón callando,
Si no queda en la lucha victorioso.

» Ya con solemne voz en él gritando
Denuedo varonil, noble le alienta,
Su antigua fortaleza recordando.

» Que cuanto más el ánimo atormenta
El agudo aguijón de los dolores,
Tanto más grande el ánimo se ostenta.

» Cesen ya, pues, las lágrimas de amores
Que con flaqueza derramar solía.

Cesen ya para siempre. Los fulgores
» De la llama que siente el alma mia
Pueden mostrar á la razon la senda
Que á dicha más veraz segura guía.
» Y sólo habrá un amor que al pecho encienda,
No terrenal, mezquino y pasajero,
No amor que pide deleznable ofrenda;
» Sino aquel que, infinito y verdadero,
Fuente inexhausta de inefables bienes,
Es de dicha sin par ancho venero.»

Dice, y mostrando espléndidas sus sienas
La aureola inmortal de la esperanza,
El arpa en que cantó fieros desdenes
Rota, léjos de sí, férvido lanza.

CANTO DE LOS ZAGALES.

A la pradera hermosa
Tornad ¡oh ninfas! á olvidar la pena;
Aquí donde olorosa,
Junto á purpúrea rosa,
Cándido cáliz irgue la azucena.

Venid á la enramada
Que del sol amortigua los ardores
Y es de quietud morada;
Aquí donde hechizada
La mente forja ensueños seductores.

¿No mirais anhelantes
Cómo la primavera ufana envía
Sus luces fulgurantes?
Pues de ella sois amantes,
Venid para gozar de su alegría.

Las que al gárrulo estruendo
De claras fuentes, aves que gorjean,
Y céfiros bullendo,
Sentís que, libres siendo,
Por doquier vuestras almas fantasean;